

El Museo y sus recursos humanos

MANUEL MUÑOZ IBÁÑEZ

De la Real Academia de BB.AA. de San Carlos

Un museo es un espacio cultural que se determina por las labores que desarrolla respecto a las colecciones que custodia. La adquisición de obras, su conservación, difusión, investigación y exhibición, son las funciones propias que en el mismo se desarrollan y cuya proyección tiene lugar en el marco de la sociedad que lo mantiene. La enorme variedad de sus contenidos, y la diversidad de sus recursos y de sus dimensiones, hace que se trate de un conjunto de instituciones sumamente diversas.

Sin embargo, sean cuales sean sus posibilidades y las materias que se cuiden y se atiendan, el carácter proyectivo y social que desempeñen, será una de sus principales justificaciones. Existen museos que la tradición ha consagrado, acumulando en sus espacios importantes objetos artísticos a lo largo de los siglos, y otros sin embargo, reducidos, enclavados en pequeños pueblos y ciudades, con presupues-

tos limitados, que sin embargo adquieren una importancia relevante, porque están bien gestionados, son operativos, optimizan hasta el último céntimo sus recursos y además se constituyen en elementos afirmativos del imaginario colectivo al que pertenecen; de tal suerte, que cuando la integración es plena, se convierten en objetivos de un uso cultural imprescindible. Detrás de algunos de ellos no es infrecuente observar la existencia de un reducido número de personas, entusiastas de la etnología, la paleontología, la arqueología o la didáctica, que dedican una buena parte de su experiencia, de su vocación, y algunos de su dinero y de su tiempo libre, a desarrollar y mantener esas prestigiadas instituciones, convencidos de que contribuyen con su esfuerzo, al testimonio de una historia que es necesario conservar y difundir.

Son los museos, ámbitos culturales en los que las actuaciones de los que en ellos trabajan,



determinan su sentido y su función, incluso por encima de la importancia de sus propias colecciones. Si un museo, por importante que sea, se retrae sobre sí mismo, centrando sus objetivos en la investigación de sus fondos, podrá alcanzar en el ámbito de la subespecialidad una importancia relevante, pero correrá el riesgo de aparecer ante la sociedad a la que pertenece, como un lugar minoritario, reservado tan sólo para los especialistas y los iniciados.

De modo contrario, si paralelamente a una necesaria atención investigadora, el proyecto entiende que debe abrirse, buscando estrategias permanentes a la comunicación, facilitando el acceso a todos los colectivos sociales, primando a aquellos menos favorecidos o dotados; la sociedad lo considerará como una parte integrada, y tenderá a continuar extendiendo los sacrificios económicos necesarios para su mantenimiento y para su permanente desarrollo.

Es en el concepto y en la puesta en práctica de su función social, donde la acción de los recursos humanos interviene de un modo decisivo, y si sus gestores tienen en cuenta que su justificación depende en gran medida de las experiencias logradas por sus visitantes, intentarán facilitarlas hasta sus más mínimos detalles.

Muchas veces se piensa que la información y la didáctica necesitan de grandes presupuestos, y aunque a veces en algunos centros puede ser así, en la mayoría obedece a la eficacia y a la imaginación de las personas que se dedican a ello. En determinados museos existen voluntarios que explican obras concretas, e incluso las propias colecciones, con una aportación meritoria y altruista. En otras circunstancias, becarios, ilusionados con la difusión de sus conocimientos. Incluso profesores humanistas, que tienen previsto proveer a sus alumnos de fichas previas, antes de acceder a las visitas.

También el propio centro debe realizar esfuerzos para favorecer el conocimiento de aquello que custodia: muchas veces observamos que

En el siglo XXI los museos son lugares de uso cotidiano, referentes identitarios y atractivos culturales

se marca una línea en el suelo limitando la aproximación a las obras, sin tener en cuenta que desde ese lugar no pueden leerse las cartelas, o se acumula excesiva información en los murales, o las pinturas se cuelgan a una altura excesiva, o las vitrinas no están al nivel de la visión de los niños, o los mapas en las paredes son prolijos y confusos, o existe un exceso de "creatividad" en los montajes que dificulta la comprensión de la muestra, o el texto del catálogo es un ejercicio intelectual inextricable.

En general, aunque la mayoría de los museos tienen al alcance de los usuarios formularios para reclamaciones y quejas, pocas veces reflejan cuestiones como éstas, y que si no se corrigen, redundan en experiencias con bajo rendimiento.

En el mundo actual, con la gran facilidad que tenemos para desplazarnos, es indudable que si somos capaces de convertirlos en lugares dotados de un evidente interés, serán visitados por numerosos foráneos que encontrarán en ellos un motivo más para frecuentar el lugar donde se ubican. A veces pueden ser pueblos o ciudades, pero en otras son barriadas o enclaves, modificados positivamente por la presencia de una institución cultural bien gestionada, que alberga significativas colecciones.

En el siglo XXI los museos se han convertido en lugares de uso cotidiano, siendo muchas cosas a la vez: espacios de custodia, ámbitos de conocimiento, referentes identitarios, y atractivos para el ocio cultural. Todo depende, de la intensidad con la que se apliquen aquellos que son sus responsables.